



EL OCTAVO

Roberto Arlt:

Loco

DANIEL CENTENO M.

Hay gente que lo más importante que ha hecho en su vida es morir. En la época en la que conocidos escritores del cono sur optaron por el suicidio, éste se aferró a las palpitaciones de su corazón. No hizo como Lugones, quien siguió la misma tradición de Quiroga de mezclar whisky con toques de cianuro para correr sus persianas sin concesión alguna. La vida de Roberto Arlt, en cambio, fue eso: vida, en el sentido más amplio del término.

Autodidacta, y con un instinto de superación de múltiples bifurcaciones, Roberto Godofredo Christophersen Arlt nació en el barrio de Flores de Buenos Aires cuatro meses después de que lo hiciera el siglo XX. No se puede decir que su padre, un inmigrante prusiano, soplador de vidrio de profesión, le dedicara todos los mimos y cariños al retoño. Por el contrario, el niño no paró de recibir hostias, y no precisamente de consagrar, mientras estuvo bajo su tutela.

Quizás esto último fue determinante en su obra y personalidad. Aunque abandonó su hogar a los 16 años de edad, desde mucho antes había brincado de un colegio a otro y aprendió en la calle la ley de los rufianes, navajeros, anarquistas y falsificadores de turno. Después vendría la necesidad como tal, que lo empujaría a ser pintor de brocha gorda, ayudante en una librería, aprendiz de hojalatero, peón en una fábrica de ladrillos y estudiante fracasado de la Escuela de Mecánica de la Armada, por sólo nombrar algunas paradas de este largo trayecto.

Si se ve todo en frío, para entonces Roberto apenas estaba horneando su futura alma de escritor. Tan sólo absorbía como una esponja, mientras dos pulsiones luchaban por salirle como sangre a borbotones, aunque aún no estuviera enterado del todo: ser famoso por su pluma y comprobar la sonrisa de la fortuna como inventor de artefactos.

Si bien es cierto que relatos apócrifos lo ubican como un bisoño escritor de cuentos a los ocho años, y luego como un chico que a los 19 publicó una investigación sobre las ciencias ocultas; Arlt se toma en serio a la literatura cuando sus andanzas nos lo plantan como secretario de Ricardo Güiraldes, a quien luego le dedicaría su primera novela: *El juguete rabioso*. En ese entonces, abultado de Marx, Trotski, Baudelaire, Kafka y Dostoievski, el joven conoció en primera fila el más ineludible de los ángulos existentes en el mundo de las letras: el pique y desdén del resto de sus colegas; en este caso, del grupo de la revista *Martín Fierro*.

Ogro al fin, Roberto decide combatir a la criatura del rechazo con un arma tan incoherente como efectiva: por años no hizo otra cosa que ocultar todas sus lecturas y alardear de sus deficiencias de estilo. Sumado a esto, se dedicó a despreciar a quienes sí escribían bien y eran leídos por doctos y estirados. Ácido y reactivo hicieron explosión y, de repente, el

apellido de Arlt fue alzado en hombros por todos los excluidos, que lo percibían como el salvador social que cada época necesita con urgencia.

Un tipo que se hizo a sí mismo, mucho distaba de combinar con las empresas colectivas encaminadas al bien común. Las mayúsculas en este caso, sólo podían estar reservadas a su obsesión de dar el batacazo con algo alumbrado por su ciclotímica cabeza. La primera explosión vino de la mano del periodismo.

Roberto Arlt, la firma, pasea por varios medios hasta que en 1928 acampa en *El Mundo*. Allí, y no en otro lado, nacen las *Aguafuertes*, columnas periódicas, personalísimas habitaciones de su vida que reinventan la crónica en Latinoamérica. Sólo bastaron que, las casi dos mil que parió, aparecieran dos días a la semana para que el éxito en la lectoría duplicara la tirada del diario. Sinónimo de calidad, cada párrafo apadrinado por él le hablaba al hombre común de igual a igual hasta el punto de hacerlo sentir parte indispensable del mundo.

Nervioso, fortachón y poseedor de una extraña pronunciación, salpicada de ademanes ampulosos, el columnista supo dar en el blanco con sus crónicas. Las despachaba en veinte minutos, y el resto del día le quedaba libre para el ensayo y el error. Mientras por un lado se empeñaba en sus inventos, la escritura y la lectura de pésimas traducciones al español, causantes de su estilo pomposo y grandilocuente; por el otro nunca dejó de lado su fascinación por el más allá, heredada de su madre tirolesa, Ekatherine Iobstraibitzer. De allí que el 99 por ciento de sus pasos solían obedecer a horóscopos, adivinos, estafadores y tiradores de tarot.

Arlt era un personaje desmedido, delirante, como parido por la pluma de un irreverente escritor de ficciones. Los vericuetos de su vida no lo desmienten. Arlt provoca explosiones de caucho y mil químicos en las pensiones en donde vivía, cuando intenta fabricar las medias de señora por el método de la galvanoplastia. Arlt arranca cuentos de principios de siglo con escenas de masturbaciones, degradación moral y personajes que le huyen al matrimonio. Arlt es periodista pero también detective cuando escribe crónicas policiales, por lo que en alguna ocasión desarmó a un suicida en medio de la noticia que cubrió. Arlt bebe del lunfardo cuando no tiene una palabra castellana a mano. Arlt amó con locura a su última compañera, Elizabeth Mary Shine, y ella a él, aunque las diferencias de pareja las dirimiesen

MIQUELI (EN CRISIS) / ÓLEO SOBRE MADERA / 30 X 30 CM

a trompada limpia y en medio de la calle. Arlt nunca recibió afecto de su padre, pero a su hija Mirta la cuidó con el mimo y cariño que siempre le negaron. Arlt ganaba montañas de dinero, sin embargo, siempre vivió alquilado y acosado por el fantasma de la ruina. Arlt no era amigo de escritores sino de bandidos, prostitutas y borrachos. Arlt estaba convencido de poder ser un autor de la talla de Flaubert o Borges pero también aducía que le *faltaba tiempo* para ponerse en ello. Quizás por eso Arlt cortó con la literatura *correcta*, al presentar una prosa desordenada, con incorporación de jergas, barbarismos y muchos etcéteras que contribuyeron a su fama.

El más aplaudido de sus inventos vino con su siguiente novela, *Los siete locos*. Con ella aparece Augusto Remo Erdosain, personaje literario, buscavidas de profesión, habitante del desamparo y con muchos defensores en su haber. Julio Cortázar y Ricardo Piglia lo consideran de una influencia trascendental. Y no les falta razón.

Erdosain no vivía en eternidades ni metafísicas. Sus problemas eran reales, propios de la vida pedestre. Su mensaje, desmedido y aterrador: crear una sociedad subterránea, obstinada del mundo y financiada por los prostíbulos, capaz de fundar una secta que dinamite el orden establecido para erigir otro basado en la mentira, la violencia y la explotación.

Quizás Arlt pensaba en ésta como la única salida posible. De eso nadie está del todo seguro, pero lo cierto fue que su novela lo catapultó aún más, al punto de dedicarle una segunda parte: *Los lanzallamas*. Y, mientras los vítores arreciaban, el ogro no dejó sus vicios más humanos: fumar como un preso y beber litros de café como un vigilante a tiempo completo, dos nimios detalles que pusieron en alerta a su médico de cabecera.

Seguir con los triunfos del Roberto escritor es redundante. Sus conocedores saben que luego mantuvo el tipo con *El amor brujo* (novela), “Aguafuertes porteñas”, “El jorobadito” (cuentos), “Aguafuertes españolas”, “El criador de gorilas” (cuentos), *Trescientos millones* (teatro), *Saverio el cruel* (teatro), *El fabricante de fantasmas* (teatro), *La isla desierta* (teatro), *África* (teatro) y *La fiesta de Hierro* (teatro), entre otras obras. En cambio, el Arlt a secas es tan sorprendente e impredecible como sus historias.

El cuento puede concluir así:

El café, el cigarro y la resultante afección cardíaca lo llevaron directo a un gimnasio. Con una moderada rutina física su mejoría era segura. Como siempre sucedía en su caso, al principio se dedicó con ahínco y determinación espartana. Caminó, alzó pesas, hizo estiramientos... El resultado fue casi instantáneo. Roberto Arlt se sintió bien y se inspiró muchísimo. Primero, pensó en triunfar a lo grande como boxeador o nadador. Segundo, escribió el aguafuerte *Motivos de la gimnasia sueca* y el cuento “La clase de gimnasia”. Tercero, se cansó al poco tiempo de tanta transpiración y ejercicio. Como cosa rara, el asunto dejó de ser una novedad para él y volvió al café, al tabaco y a la tiranía de la máquina de escribir. Una existencia de privación y agotamiento físico no merecía ser vivida. Cuando volvió a ver a su médico, se lo dijo con estas palabras:

—Doctor, los adelantos en su ciencia son muy relativos. Hice todo lo contrario de lo que usted me indicó; acabo de subir por la escalera y estoy lo más bien.

Triunfante y seguro, como siempre pareció ser, Roberto vivió por un tiempo con su metodología particular: ajeno a todo y atento a la suerte. El 25 de julio de 1942 dedicó sus veinte minutos al aguafuerte del día, comió y se fue al teatro a ver *La mandrágora*

de Maquiavelo. A la mañana siguiente se levantó a las nueve, le sirvieron el desayuno en la cama de la pensión y conversó con Elizabeth sobre su día en el teatro. Contento, hizo planes sobre el hijo que iba a nacer tres meses después. En medio de sus deseos, su mujer le preguntó la hora. Él tampoco la sabía, y eso fue lo que contestó. Al instante un estertor salpicó el normal desenvolvimiento de la conversación. A las 10:30 a.m. ya había sido declarado muerto.

Ese domingo, a plena luz del día, sacaron con una

grúa el féretro que contenía su cuerpo. Parte de su público vio el espectáculo, cómo salía de la ventana aquella inmensa caja de madera con un escritor más inmenso que ella. Probablemente, luego sus incondicionales abrieron el periódico del lunes y quizás se sorprendieron con el título y las primeras palabras de su última aguafuerte, *El paisaje de las nubes*:

“Evidentemente, los hombres no eligen sus padres ni sus destinos” ☁

EN MEDIO DE SUS DESEOS, SU MUJER LE PREGUNTÓ LA HORA. ÉL TAMPOCO LA SABÍA, Y ESO FUE LO QUE CONTESTÓ. AL INSTANTE UN ESTERTOR SALPICÓ EL NORMAL DESENVOLVIMIENTO DE LA CONVERSACIÓN.

MIQUEL 2 (EN CRISES) / ÓLEO SOBRE MADERA / 30 X 30 CM

